

40

En el 25 aniversario: lo que Dios se propuso

Madrid 30 de enero de 1910

Querida hija: justo es que te escriba al acercarse los 25 años de la fundación, que empezó el 2 de febrero del año 1885. Y quiero escribir con la claridad que me es propia sobre cuatro puntos: Lo que Dios se propuso al inspirar la fundación de nuestro amado Instituto. Lo que hemos hecho. Porqué no hemos hecho lo que Dios quería. Lo que vamos a hacer en adelante.

1º Lo que Dios nos propuso

¿Qué te diré de esto? Querida hija mía: nadie mejor que yo te lo puede decir, pues durante seis o siete años me lo venía pidiendo el Señor, especialmente en la Eucaristía. Después, nadie mejor que madre Mariana, a quien el mismo Dios muy de niña trajera de lejanas tierras y preparara su corazón para que con una sola palabra prendiera en él aquella inspiración y, venciendo con la fuerza de lo alto las múltiples dificultades que a la empresa se oponían, la comenzara llena de valor.

Lo que Dios se propuso fue la rehabilitación de las jóvenes que habían perdido su libertad. Y, por carecer de dotes personales o no tener quien las favoreciese, o por estar llenas las plazas en las casas de acogida existentes, o por estar enfermas en el hospital y las condiciones especiales de él, no tenían quien fuera a buscarlas para levantarlas, acogerlas y darles una nueva oportunidad.

Fue pues el propósito de Dios al inspirar esta fundación el mismo que tuvo al enviar al profeta Isaías.

Entonces como ahora, Dios, al ver los pecados del pueblo de Israel, dijo: “¿A quién enviaré?”. Y el profeta se ofreció diciendo: “aquí estoy, envíame” (Is 6,8). Pues también en el siglo pasado, almas privilegiadas, conociendo los deseos de nuestro Señor, viendo cuántas jóvenes había perdidas y sin tener quién las sacara del peligro en el que estaban, se ofrecieron generosas y dijeron: “Señor nosotras iremos, dejaremos nuestras casas y familias y buscaremos por todas partes a esas almas redimidas con tu sangre y prisioneras de gentes sin escrúpulos que comercian con personas inocentes. Iremos a los hospitales y a las calles, o a los centros donde están, y les ofreceremos otro porvenir, pobre en el mundo, pero rico en el cielo”.

Y Dios complacido, proporcionó los medios para realizar la obra. Y el Instituto nació y fue aprobado. Y empezó a crecer y hoy cumple 25 años.

Este es, pues, vuestro llamamiento, esta es la idea que fija habéis de tener en el fondo de vuestro corazón: el amor a las jóvenes extraviadas, el deseo de sacarlas del lodazal en el que se hallan, para rehabilitarlas hasta que recuperen su plena dignidad de mujeres libres y capaces de amar en libertad.

Este es, hija mía, el deseo que por la misericordia de Dios veo en muchas cartas que estos días estoy recibiendo, y en verdad que me llena de consuelo. Y, como ves, hija mía, nuestra Obra, que es la Obra de Dios, no tiene límites porque no los tiene el mal, que cada día arrebata a más almas inocentes. Por eso cada día hemos de procurar buscarlas en el pozo donde están. Y aunque por sí mismas pudieron caer, por sí solas no pueden salir.

Bien sabes del mezquino modo de pensar de muchas gentes del mundo que, cuando oyen hablar de la pobreza que tenemos nos dicen que dejemos de recibir jóvenes y cerremos la puerta a las que vengan a pedir nuestra protección. Estas gentes no comprenden el fin que Dios se propuso con nosotros. Y quien así piensa no ha comprendido la vocación trinitaria.

2º Lo que hemos hecho

Ante los ojos del mundo hemos hecho mucho: tenemos talleres, máquinas, cinco casas: tenemos trescientas acogidas, muchas jóvenes externas y la aprobación de Su Santidad. Sí, todo es cierto, pero a los ojos de Dios ¿qué hemos hecho?

Algo sí hemos hecho, hija mía: hemos dejado el mundo y renunciado a nuestras familias; hemos dejado nuestra propia voluntad y nos hemos sujetado a una Regla de vida; hemos ido al hospital a buscar a las jóvenes enfermas, hemos pasado ratos de amargura por salvarlas y hemos tenido el consuelo de ver a muchas recuperarse y rehacer sus vidas. Algunas incluso han ingresado en distintos institutos religiosos.

¿Pero hemos hecho todo lo que Dios quiere? ¿no son muchas las jóvenes que por falta de generosidad en admitirlas, o por falta de tino en trabajarlas, quedaron en su esclavitud, o volvieron a ella sin conocer su verdadera liberación? ¿Las casas de nuestro Instituto son lo que deben ser? ¿Nuestro trabajo es como Dios lo quiere? ¿Tenemos cuidado en promover a nuestros colaboradores y obtener más recursos? ¿Trabajamos con ardor, como la obrera que no tiene otro medio de sostenerse que la labor de sus manos?

¡Ah hija mía! Aunque hoy no quiero tratar de cosas tristes, me he propuesto en esta carta abrirtre mi corazón y hablar con claridad. Siento cerca el final de mi vida y no quiero quedarme con pendiente alguno. Y quiero decirte cuánto nos falta, para que caigas en la cuenta de los peligros que nos rodean.

Son muchas, las jóvenes a las que, por miedo de que nos faltara el pan, hemos dejado de recibir; demasiadas las que, quizás por llevarlas con dureza o por nuestros descuidos, han vuelto a su esclavitud.

Sólo la casa de Madrid cumple en todas sus partes el fin que Dios se propuso; en el resto se ha cambiado en parte el espíritu de la fundación. En algunas casas tenemos colegios de niñas y hay demasiadas niñas entre las acogidas. Sé que es con el fin de preservarlas, pero también sé que Dios nos ha puesto principalmente para curar y acoger a las que nadie atiende; muchas niñas ocupan los lugares de jóvenes o mujeres que necesitan salir de donde están y rehabilitarse.

No creas, hija mía que por esto te censuro; sé que en muchas ocasiones ha habido circunstancias especiales que nos han inducido a obrar de este modo. Pero no hemos debido abrir tanto la mano para acoger a niñas, por grandes que fueran los compromisos y ventajas, porque nos desviamos de nuestro fin.

3º Porqué no hemos hecho lo que Dios se propuso

Por dos razones. Una razón manifiesta es el deseo de preservar a las que son inocentes, pues sabido es que más vale preservar que curar. Otra razón oculta es el atractivo que tiene la inocencia sobre el pecado, la niña a la mujer, la tendencia a lo fácil y a dejar lo difícil, el deseo de complacer a las gentes y los respetos humanos. Pero todas estas razones nos llevan a torcer el fin del Instituto, cambiándole no por un fin malo, pero sí por otro fin ajeno al que Dios se propuso y debemos cumplir.

Quiero que interpretes bien lo que digo. Es cierto que el preservar es gran cosa, y en las primitivas reglas este era uno de los fines del Instituto: preservar a las que están en inminente peligro de perderse. Pero nos referimos a las jóvenes y no a las niñas, pues para ellas hay multitud de colegios que se dedican a preservarlas y educarlas; y hay miles de religiosas que han sido llamadas para esto. Pero jamás me sentí yo llamado a fundar colegios de niñas, y por eso ni las condiciones de las casas, ni los trabajos que se hacen, corresponden a ese fin.

4º Lo que debemos hacer en adelante

Esto es lo que te propongo hacer para desarrollar el Instituto y cumplir de lleno la voluntad de Dios, que es cumplir el fin para el que ha sido fundado.

1.Desde ahora bajo ningún pretexto y aunque den rentas abundantes y casa espaciosa, se haga fundación alguna en que no se lleve como fin principal la liberación de las jóvenes que extraviaron su vida.

2.Procuremos establecer en las casas que existen diferentes grupos de jóvenes, separación y programas para cada uno, de manera que hagan procesos y puedan adelantar según sus cualidades, talentos y posibilidades, hasta lograr su autonomía y libertad.

3.Que todas las jóvenes que haya en nuestras casas sean adultas, capaces de trabajar por sí mismas, decidir de manera libre y responsable y hacerse cargo de sus vidas.

4.Que en el grupo de Anitas sólo ingresen las que desean ser religiosas y que por sus cualidades y dones puedan llegar a formarse, bien para nuestro Instituto, bien en cualquier otro al que se sientan llamadas.

5.Que se procuren nivelar los gastos y los ingresos, aumentando las entradas con el trabajo bien hecho, la exactitud en los encargos y la continua promoción.

6.Que todas las casas de la Congregación sean iguales, esto es: que en todas las casas se cumpla el fin de la misión, y todas procuren los recursos necesarios para este fin.

He terminado. Pero como algunas me preguntáis por qué últimamente me quejo tanto, y qué me hace sufrir, quiero deciros algo sobre esto.

Primero he sufrido mucho por las hermanas que, siendo aún muy jóvenes, han fallecido; y pienso que muchas de ellas aún vivirían si hubieran hecho caso de mis consejos y no hubieran dejado de alimentarse. Me lamento, y aquí con amargura, por las que fueron llamadas por Dios a nuestra congregación y no están con nosotras. Unas entraron y luego abandonaron su vocación; hicieron los votos voluntariamente, y después rompieron su compromiso ¡Pobrecillas! Las tengo en mi corazón y lloro en el fondo de mi alma. Y otras desearon pertenecer al Instituto y, por distintas causas, no fueron admitidas ¿quién será responsable?

¿Dios no las había llamado? No lo sé.

Me quejo con dolor al ver otras hermanas que están dentro y parecen contentas con su vocación; quieren amar a Dios, pero por falta de humildad, o por temores vanos, o por tibieza, o por rigores excesivos, o por no vencer su carácter, no son lo que deben ser: no sirven, no dan los frutos que pueden dar, buscan la paz en no hacer más que lo indispensablemente necesario. Dios les inspira lo que pueden y deben hacer, y no lo hacen. Sufro por las hermanas que, o dejan la comunión sin motivo para ello, o la pierden por falta de entrega y humildad.

Me duele profundamente cuando veo falta de ternura y de dulzura en el trato que algunas hermanas tienen entre ellas. Quisiera alcanzar de Dios otro recogimiento, espíritu de unión, delicadeza para enseñarse las unas a las otras todo lo que saben, para llevarse bien con todas. Sufro por la facilidad con que algunas hablan o escuchan lo que no deben, siendo causa de grandes turbaciones para sí y para otras, perdiendo la paz por falta de respeto, de cariño, de bondad de unas con otras. No me explico que vivan así las que han sido llamadas a formar comunidad.

Estas y otras son las causas de mis suspiros, y te lo digo porque sé que deseas vivamente aliviarme de mis sufrimientos. Yo conozco tu verdadero espíritu trinitario y también tu sincero deseo de complacerme. Y sé que, si te reconoces en alguna de estas situaciones, vas a procurar corregir lo que te hace tanto daño, y a mí me hace sufrir tanto. Te has ofrecido muchas veces, generosa y completamente, para llevar adelante tu misión, siendo responsable de aquello a lo que te has

comprometido libremente. Quiero que cuentes con mi ayuda, en todo momento, en particular los días difíciles y en asuntos espinosos. Recuerda a tu padre espiritual que te pide que siempre que estes en apuros te preguntes: ¿Qué me diría el Padre?
Nada más, hija mía, reflexiona un rato en todo lo que te digo y pide por mí. Recibe mi bendición y sé santa, santificando a las demás.

Francisco A. Méndez.